



Artículos

El amigo americano¹

Esteban Actis²

Desde Junio de 2018, dos políticas públicas del gobierno de Mauricio Macri quedaron amarradas al vínculo bilateral con los Estados Unidos. Además de la política exterior, que desde el día uno de mandato hizo del entendimiento con Washington su eje estructurante, la política económica ha permanecido sujeta a la voluntad de la administración Trump, en cuanto principal auspiciante, garante y sostén del acuerdo firmado entre la Argentina y el Fondo Monetario Internacional (FMI). En los meses transcurridos del 2019, esa dependencia se ha reforzado. Si el inédito paquete financiero (por el monto) ha sido clave para evitar que la Argentina no este atravesando una posible situación de secesión de pagos (*default*), la inédita flexibilidad del organismo multilateral con el último acuerdo firmado en Septiembre pasado se ha transformado en el principal activo del plan económico para contener las presiones devaluatorias. Existe un relativo consenso en señalar que las chances electorales del oficialismo están atadas a la evolución del dólar y que una fuerte corrida cambiaría sería letal para las expectativas de reelección.

En ambos casos -monto y flexibilidad-, la voz de EEUU como principal accionista del FMI se hizo sentir para dar luz verde a las demandas y necesidades de la Casa Rosada, a pesar de los recelos tanto del staff técnico como de otros importantes países con peso relativo en el organismo. En este contexto, el gran interrogante a responder es por qué la Casa Blanca ha decidido ponerse al hombro el gobierno de Macri. Tres han sido las explicaciones más repetidas por analistas y académicos: 1) la buena sintonía entre Trump y Macri; 2) el temor de Washington de que Argentina caiga nuevamente en el “populismo”; 3) el sostén a un aliado regional frente a la disputa en clave geopolítica con China.

En relación a la primera hipótesis, es innegable que los buenos vínculos interpersonales son importantes en las relaciones internacionales. Mauricio Macri era uno de los pocos presidentes del mundo que conocían personalmente a Donald Trump al momento de su asunción debido a que el negocio de la construcción cruzó en el pasado a la familia Macri con el magnate norteamericano. La llamada de diez minutos que Trump

¹ Artículo publicado originalmente en Le Monde Diplomatique N°240, Edición Cono Sur, Junio de 2019.

² Doctor en Relaciones Internacionales por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario (UNR), docente e investigador en la misma casa de estudios, fue becario doctoral y posdoctoral del CONICET. Forma parte del Departamento de América del Norte del IRI.

le hizo al primer mandatario argentino hace semanas atrás para respaldar el rumbo del gobierno, en una coyuntura de mucha inestabilidad política y económica, fue considerada como un indicador en esta tesis. Sin embargo, centrar los análisis en los “agentes” y sus afinidades personales e ideológicas a la hora de explicar el comportamiento externo de los Estados es, por lo menos, una simplificación.

Por su parte, no caben dudas que en los círculos políticos de Washington existe una preocupación ante la posibilidad que el oficialismo en la Argentina pierda las elecciones y puede regresar al poder la ex Presidente Cristina Fernández de Kirchner, considerada como una referente del “populismo” de izquierda que gobernó la región en la denominada *pink tide*. No obstante, el escenario político regional ha mutado y el “peligro” que puede representar el regreso del kirchnerismo como expresión del “populismo” para los intereses hemisféricos de Estados Unidos es limitado. La posibilidad de volver a reconstruir un proyecto “latinoamericanista” crítico con la hegemonía estadounidense hoy no tiene interlocutores en América del Sur. De la *marea rosa* quedan las pragmáticas experiencias de Bolivia y Uruguay, sin capacidad y voluntad de liderar una construcción regional alternativa, y una Venezuela sumergida en una interminable crisis en donde la resistencia de Maduro no parece poder mantenerse por mucho tiempo. Más importante aún, el triunfo de Jair Bolsonaro en las elecciones presidenciales de Brasil en octubre pasado representó, sin lugar a dudas, la mejor noticia para la Casa Blanca en torno a su agenda hemisférica. Washington observó con enorme beneplácito que el sillón del *Palacio Planalto* fuese ocupado por un Presidente que abraza el “acoplamiento” a los EEUU como su eje de política exterior, algo difícil en un país que hizo de la autonomía –en múltiples variantes– una política de Estado. Para EEUU, Brasil siempre fue la “figurita difícil” dado que por su vocación de poder y de liderazgo regional receló de subordinarse acriticamente a los deseos e intereses del hegemon. En otras palabras, para la administración Trump un Brasil “acoplado” cambia el tablero sudamericano y representa un activo de poder que se tornaría en un fuerte dique de contención ante un eventual triunfo de Cristina Kirchner. Inclusive, las vertientes militares más moderadas al interior del *bolsonarismo* que miran con recelo las “relaciones carnales a la brasileña” –como es su Vicepresidente Hamilton Mourão– y que pueden ganar más cuotas de poder en Brasilia ante los tropiezos políticos de Bolsonaro, lejos están de simpatizar con cualquier alternativa progresista de sus vecinos.

Por último, no es menor la preocupación de la administración Trump por la mayor interacción política y económica de la República Popular China en su “patio trasero”, en un contexto de disputa bilateral por la riqueza y el poder en el escenario internacional. La Guerra Comercial de la cual estamos siendo testigo, en realidad es la punta del iceberg de una conflictividad que tiene dimensiones tecnológicas, de seguridad y de gobernanza global. América Latina vuelve a estar atravesada, finalizada la guerra fría, por una disputa en clave geopolítica con un actor extraregional que amenaza los intereses hegemónicos. Tanto el actual Secretario de Estado Mike Pompeo como su antecesor Rex Tillerson, han advertido a los países latinoamericanos de los intereses espurios y de la condición “depredadora” que tiene China a la hora de forjar sus vínculos externos. A los recelos por la profundización de la agenda económica (comercio, finanzas e inversiones) con la región, se le suma la buena receptividad regional a la intención de China de mostrarse como un oferente de bienes públicos a escala global a través de la Belt Road Initiative (BRI). Más de la mitad de los países del hemisferio (18) ya forman oficialmente parte del ambicioso proyecto en infraestructura de China.

Si bien la administración de Macri todavía no decidió sumarse a la renovada Ruta de la Seda – aspecto que está siendo evaluado según el Canciller Faurie– desde fines del año pasado el gigante asiático ha fortalecido su presencia material en la Argentina, fenómeno temporal que coincide con la aprobación del Banco Central de China de la renovación del Swap de monedas. Solo a modo de ejemplo: se firmó la construcción de una nueva central nuclear con financiamiento y tecnología china, se realizó una contratación directa con la firma china CRRC Qingdao para adquirir 200 coches para la línea Roca, se autorizó el cultivo comercial de una soja transgénica diseñada por la firma china Beijing Dabeí Nong y Bioceres, se autorizó el ingreso de un nuevo banco comercial (Bank of China) para que opere en el país.

Retomando el interrogante planteado, no caben dudas que los argumentos enumerados son importantes razones a la hora de intentar dilucidar por qué la administración Trump, vía el FMI, apoya incondicionalmente al gobierno de Macri para garantizar su estabilidad de cara a las elecciones.

Sin embargo, otro factor con fuerza explicativa es dejado de lado y casi ni invocado por gran parte de los analistas. Ni el amiguismo, ni el populismo, ni China son tan determinantes como es el potencial riesgo sistémico de una mega crisis económica Argentina en la delicada coyuntura que atraviesa la economía mundial. Según el analista Ian Bremmer, el mundo se encuentra en un “recesión geopolítica” que tiene como epicentro la disputa entre EEUU y China (podemos sumar la incertidumbre en torno al *Brexit*, la renovada tensión con Irán, etc.) que puede empujar a la economía global a un estancamiento, o en el peor de los casos, a una recesión.

Tanto la proyección del crecimiento global, como de los flujos de comercio e inversión están estimadas a la baja, más después de la incertidumbre por el renovado aumento de aranceles entre las potencias a principio de mayo. El nerviosismo de los inversionistas de todo el mundo es palpable en las fuertes bajas que tuvieron los principales mercados mundiales. El índice MSCI de monedas de mercados emergentes borró, a mediados de mayo, toda su ganancia del 2019. Por su parte, las acciones de las principales firmas estadounidenses han sido castigadas y gran parte de las multinacionales están preocupadas por la salud de la economía mundial. En este contexto de alto riesgo político global, muy restrictivo para el clima de negocios, una crisis política/económica que jaqueé la estabilidad de un importante mercado financiero emergente como es la Argentina puede ser lapidario para las expectativas sistémicas y la confianza de los agentes económicos. No nos estamos refiriendo a la clásica noción de “contagio” hacia emergentes en un contexto de funcionamiento “normal” de la economía global. El análisis parte desde un enfoque relativo al momento que atraviesa en los últimos meses la economía mundial donde el caso Argentino, como el de Turquía, recobran otra importancia.

La ponderación de esta variable explicativa sobre las ya mencionadas tiene su fundamento en un análisis desde la “agencia”, es decir vislumbrando cuál es el canal burocrático al interior de la administración de Donald Trump donde radica el principal apoyo a la Argentina en sus reiterados pedidos de borrar con el codo lo que se firmó ante el FMI. Ni el Departamento de Estado (Mike Pompeo) ni el Consejo de Seguridad Nacional (John Bolton), áreas burocráticas donde el regreso populista y la amenaza China si tienen tratamiento, están pensando hoy en la salud económica argentina

Quien lleva en su agenda el caso y quien funciona como interlocutor entre los funcionarios de la Argentina y el FMI es el Secretario del Tesoro Steve Mnuchin y su equipo. Cabe recordar que Mnuchin es un reconocido banquero y ex administrador de fondos de inversiones que conoce como pocos dentro del gobierno de Trump la dinámica de los mercados. Mnuchin encabeza, junto a Robert Lighthizer, el Representante Comercial de los EEUU, la mesa negociadora que se inició con China en enero de este año. El Secretario del Tesoro representa el ala moderada y dialoguista -“palomas”- al tener una visión más contemplativa con la contraparte debido a que la preocupación central no está puesta en la obtención de ganancias de largo plazo en relación a la amenaza china, sino que su desvelo son las consecuencias negativas de un no-acuerdo para la estabilidad de los mercados mundiales, y por ende para la propia salud de la economía estadounidense

Como muy bien ha revelado el periodista Carlos Burgueño, Mnuchin ha sido la figura central para desbarbar tanto la aprobación del primer desembolso del año correspondiente al acuerdo *stand by* como para lograr la autorización en la utilización de parte de ese dinero para realizar política cambiaria. El funcionario norteamericano es quien dialoga permanentemente con Nicolás Dujovne y quien logró persuadir a su compatriota David Lipton, número dos del organismo multilateral, para que se tenga mayor flexibilidad con el caso argentino. Es menester recordar que en el acuerdo firmado con la Argentina existía una prohibición expresa de vender en el mercado cambiario parte de los desembolsos, acción que le costó la cabeza al entonces presidente del BCRA Luis Caputo a finales de septiembre del año pasado, justamente por malestar en el propio staff técnico del Fondo. Mnuchin parece querer evitar por todos los medios que la bomba macro-

económica y financiera argentina, que parece ya inevitable desactivar, explote en este peculiar contexto global. El Secretario del Tesoro es consciente que el freno de la suba de tasas de interés anunciada por la Reserva Federal (FED) no es suficiente para apaciguar las dudas sobre la Argentina.

En definitiva, para analizar cualquier fenómeno social complejo debemos distanciarnos de las explicaciones monocausales y “parroquiales”. El fuerte espaldarazo que viene recibiendo el gobierno de Macri por parte de los EEUU debe comprenderse desde una combinación de factores. En ese marco, es dable señalar que a las buenas relaciones interpersonales de los presidentes, al temor del regreso de un gobierno que no sea *market-friendly*, y a la preocupación por la fuerte presencia del “dragón” en el hemisferio, se debe adicionar como una variable nodal el nerviosismo al interior de un sector de la administración de los EEUU -el cual es el que intercede ante el FMI- con el débil funcionamiento de la economía y global y las malas expectativas de los mercados mundiales por un riesgo geopolítico sin precedentes. En términos gráficos, una crisis cambiaria de la Argentina puede ser una pequeña gota, pero la misma parece que puede llegar a caer sobre un recipiente a punto de desbordar.